

MARZO

2017 **MODELO DEL MES**

Los modelos más representativos de la exposición



Traje de los sidros de Siero (Asturias)

Por: Américo López
y Ana Guerrero
Vitrina: Traje popular

Domingos: 12:30 h.
Duración: 30 min.

**Asistencia libre y gratuita
hasta completar aforo**

MUSEO DE TRAJE

Texto

Ana Guerrero es Licenciada en Filosofía y Letras (especialidad Historia del Arte) por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha trabajado como docente y como correctora de estilo y redactora para diferentes editoriales. Desde 2004 trabaja en el Museo del Traje como guía y correctora de textos.

Américo López ha realizado estudios superiores de Socioanálisis en el Centre d'Études THL, en París y Lyon (Francia). Es Diplomado en Consumo por el Instituto Nacional de Consumo (Ministerio de Sanidad y Consumo) y titulado como Formador de Formadores por el Instituto de Formación y Estudios Sociales. Ha trabajado como responsable técnico de formación estatal en UGTFAYT y en la Unión de Pequeños Agricultores; y como técnico de Desarrollo Rural en Bruselas y en diversos proyectos LEADER.

Cordinación y maquetación

M^a Jose Pacheco

Corrección de textos

Ana Guerrero

** Todas las imágenes de este folleto corresponden a piezas de la colección del Museo del Traje CIPE, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, son imágenes de dominio público o están liberadas bajo licencias libres.

©De los textos y fotografías, sus autores.

NIPO: 030 - 17 - 002 - 0

El traje de sidro de este Modelo del Mes pertenece a la colección estable del Museo desde 1942. Ese año don Luis Navia-Osorio, secretario del entonces Museo del Pueblo Español, lo recibió del Ayuntamiento de Pola de Siero, capital del Concejo de Siero, en el centro del Principado de Asturias, como consta en la carta de agradecimiento del Museo, datada el 1 de diciembre de 1942.

El sidro es un guirrio asturiano, denominado sidro solo en los concejos de Siero y Bimenes, que forma parte, como el resto, de una mascarada de invierno en torno a la Navidad o comienzos de año, y similar a las que hay, o había, en otros muchos sitios de la Península (sobre todo en el centro y norte: Galicia, Asturias, Cantabria, Navarra, País Vasco y Castilla). En todos los casos se trata de una tra-

dición antiquísima, que en muchos lugares ha desaparecido, en algunos ha sido recobrada recientemente gracias a asociaciones para la recuperación de fiestas y tradiciones, como ha sucedido con la Vijanera de Silió (Cantabria) o los Sidros y comedies de Valdesoto de Siero, y en muy pocos ha sobrevivido de forma ininterrumpida. Además, la mayoría se celebra a lo largo del invierno, sobre todo desde comienzos de año hasta el Miércoles de ceniza, con el que finaliza el carnaval.

El carnaval

En principio, y de modo muy general, se consideran fiestas de antruejo o carnaval las de los tres días anteriores al Miércoles de ceniza, es decir el domingo, el lunes y el martes con su correspondiente calificativo “de carnaval”. Es una fiesta sin fecha fija, pues se guía por el calendario lunar: a partir de la luna llena en el domingo más cercano al Domingo de ramos, se ha de contar hacia atrás cuarenta días (que son los que llamamos la Cuaresma) y estaremos situados en el “entierro de la sardina”, es decir, el Miércoles de ceniza.

Fiesta muy extendida en nuestro país, raro es el núcleo poblacional que no tiene carnavales diferenciados. Es un tiempo de inversión de valores, de transgresión y exceso, en el que las burlas, las críticas, el humor, la copiosa mesa y el abundante beber, el disfrazarse y el enmascararse son lo “normal”. Tales actos (siempre dentro de un control) se han venido interpretando como válvulas de escape que sirven para descargar tensiones personales, y sobre todo sociales, reprimidas a lo largo del año, lo que permite que, una vez pasadas las fiestas, todo retorne a la normalidad y los engranajes sociales vuelvan a funcionar ordenadamente durante un año más. En palabras de Roger Caillois:

“A la vida normal, ocupada en los trabajos cotidianos, apacible, encajada en un sistema de prohibiciones cauto, donde la máxima *quieta non movere* mantiene el



Carta de agradecimiento del entonces Museo del Pueblo Español al Ayuntamiento de Pola, por la donación del traje de “Sidro”, 1942(MT008728-34).

orden del mundo, se opone la efervescencia de la fiesta. Ésta, si no se consideran más que sus aspectos externos, presenta caracteres idénticos en cualquier nivel de civilización. Implica un gran concurso de pueblo agitado y ruidoso. Esas aglomeraciones (...) favorecen (...) el nacimiento y el contagio de una exaltación que (...) incita a abandonarse sin traba a los impulsos más irreflexivos...”.

Pero el carnaval no se ciñe de modo cerrado a estas fechas arriba señaladas pues, desde el punto de vista de las manifestaciones festivas, es un ciclo que se extiende, según Julio Caro Baroja en su muy bien documentada y ya clásica obra *El carnaval*, a las fiestas en torno a las festividades de San Esteban, los Santos Inocentes, Reyes, San Antón, la Candelaria, San Blas, el Jueves de compadres y el Domingo de piñata. Tesis avalada también por otros autores. El refranero tiene abundantes paremias que hablan de estos carnavales extendidos a lo largo del invierno, como por ejemplo los dos que tomamos de Panizo Rodríguez: “Desde san Antón, mascaritas son” y “Las mocitas de poco seso, desde san Antón hacen antruejo, y las de poco más, desde san Blas”.

El término *antruejo*, con sus variantes regionales, es la antigua palabra que se usaba para nombrar lo que hoy designamos como carnaval, aunque en la actualidad se emplea más habitualmente el vocablo *carnaval*, sobre todo en los espacios urbanos. Ya Sebastián de Covarrubias lo introduce en su diccionario y nos indica que:

“Este vocablo se usa en Salamanca, y vale lo mismo que carnestolendas, y en las aldeas le llaman antruydo. Son ciertos días antes de Cuaresma que en algunas partes los empiezan a solemnizar desde los primeros días de enero, y en otras por san Antón. Tienen un poco de resabio a la Gentilidad y uso antiguo, de las fiestas que llamaban Saturnales, porque se combidaban unos a otros, y se enviaban

presentes, hazían máscaras y disfraces, tomando la gente noble el traje vil de los esclavos, y los esclavos por ciertos días eran libres y no reconocían señor”.

La etimología del término *antruejo* nos lleva al latín *introitus*, que valdría por ‘introito’ o ‘introducción’, haciendo referencia, claro está, a la entrada de la Cuaresma. De este término derivan las diferentes variantes regionales existentes en nuestro país: *antroiro*, *antroido*, *antroxu* y *antroxo* en la cordillera Cantábrica, excluyendo el País Vasco; *antroido*, en Galicia y en partes de Portugal; y *antruejo*, para finalizar, en amplias áreas del resto del país.

La palabra, ahora poco usada, adquirió un cierto valor polisémico y se usó, en ámbitos rurales (zonas de Salamanca, Zamora y Galicia), para significar también a aquella persona desastrada y/o mal vestida, disfrazada o vestida feamente, con poco gusto (esto mismo ocurrió con el término botarga). El término antruejo aparece además como apellido, aunque poco común, en Zamora, Vizcaya, en Valladolid y en Argentina.

Desde que Julio Caro Baroja escribió su libro sobre el carnaval, son muchos los autores que han investigado los diferentes aspectos que conforman esta actividad festiva. No obstante el tema sigue pareciendo inagotable por la gran cantidad de variables locales que atesora y por, aún, las muchas incógnitas y/o la poca información que sobre alguno de sus aspectos todavía existe.

Entre las numerosas hipótesis existentes sobre los orígenes del carnaval, la más aceptada es aquella que entronca esta fiesta con las romanas de las Lupercalia, las Matronalia y las Saturnalia. Estar entroncadas no significa que sean exactas, simplemente que hay similitudes o paralelismos que es necesario resaltar.

Las Lupercalia se celebraban en febrero y se conservaron, al menos, hasta el siglo VI de nuestra era, momento en que ya hacía tiempo que el antiguo mundo romano

había aceptado el Cristianismo como religión oficial. El 15 de febrero se realizaba una manifestación religiosa dedicada al dios Luperkus, en la que los componentes de su cofradía (los lupercos o lupercios) iban a una gruta sagrada situada en el Palatino, donde se sacrificaba un macho cabrío y, con el cuchillo manchado de sangre, se marcaba la frente de dos lupercos. A continuación se limpiaba esta marca con un vellón de lana impregnado en leche, acción que provocaba la carcajada ritual de los dos sujetos del rito. De la piel del animal sacrificado se sacaban unas tiras a modo de correas que los lupercos portaban en su carrera en torno al Palatino y usaban para golpear con ellas a las mujeres que encontraban a su paso, con la finalidad de propiciar la fecundidad (clarísimo paralelismo con gestos de muchas de nuestras mascaradas de las que se hablará más adelante). En palabras de Michel Meslin:

“Se trataba (...) de un ritual purificador y fecundante que fue quizás en origen, entre las poblaciones pastorales de los comienzos de Roma, un rito apotropaico contra los lobos. En todo caso estas fiestas parecían ya muy antiguas a los ojos de los propios romanos. Cicerón, a propósito de los lupercos, dice que se trataba de una cofradía ‘salvaje, pastoral y agreste...’, cofradía grosera instituida con anterioridad a la civilización humana y a sus leyes’ (*Pro Caelio*, 26). Es como decir que, durante esta fiesta Roma volvía por un momento a un tiempo arcaico que tenía fama de salvaje y cuyo significado ritual original se ignoraba. La pérdida de su sentido primitivo ha conducido a que se propusieran diversas hipótesis, entre las que sólo la de un ritual de fecundidad parece poderse mantener”.

Las Matronalia se celebraban en marzo y festejaban el aniversario de Juno Lucina. Sobre esta fiesta Michel Meslin nos dice que “este día las (...) madres de familia, subían al templo de la diosa, en el Esquilino. Los maridos, en sus

casas, rezaban por la felicidad de sus esposas y les ofrecían regalos. Cuando las mujeres volvían a casa daban un festín a sus esclavos (esclavos varones, precisa Juan el Lidio). Las Matronalia se celebraban al principio de los *tempora fecunda*, momento del año en que hacía eclosión la fecundidad natural, asociando pues una subversión pasajera del orden social a un cambio del tiempo cósmico”.

Una fiesta que presenta grandes parecidos con esta es la de las Águedas, celebrada en febrero. Santa Águeda es patrona de Sicilia y protectora de las mujeres, y se la invoca para prevenir los partos difíciles y, claro está, los problemas del pecho y de la lactancia; también como protectora contra el rayo y el fuego.



Sidro saltando. Fotografía facilitada por la Asociación por la recuperación de los Sidros y les Comedies *El Cencerru* de Valdesoto, Asturias.

Por último, en referencia a las antiguas fiestas Saturnalia, transcribimos el siguiente texto de Michel Meslin:

“El año primitivo romano finalizaba con la celebración de las saturnales, el 17 de diciembre, cuando el grano, almacenado después de la recolección, era entregado para el consumo. Comenzaba entonces una sucesión de actos rituales que señalaban la importancia de este paso de un tiempo activo a un tiempo de inactividad en el trabajo humano. Durante la república, las saturnales duraban siete días. Augusto estableció tres días de vacaciones judiciales en esta época del año y Calígula lo amplió a cinco días. Los aspectos religiosos de las celebraciones se concentraban, sin embargo, en el primer día. Se ofrecía un gran sacrificio público ante el templo de Saturno, en el Foro. En el anfiteatro se celebraban juegos de gladiadores y cacerías ante un gentío inmenso. En todas las casas se celebraban ritos privados: el baño ritual antes del alba, el sacrificio de un lechón y el intercambio de regalos que marcaban el comienzo de un tiempo festivo. Entre los regalos, se ofrecían candelas de cera y figuritas de arcilla que a continuación se ofrendaban a Saturno a modo de sacrificio expiatorio para sí y los suyos. Estos *sigillaria*, estas antorchas de cera simbolizaban seguramente la luz del sol que, tras el solsticio de invierno y la fiesta de *Bruma*, iba siendo cada día más viva. Desde el fin de la Antigüedad romana, el ritual de los *sigillaria* fue asimilado al rito de las *compitalia*, en el cual se colgaba un número de muñecas igual al de los miembros de la familia, muñecas que se ofrecían a la madre de los lares, Mania. A continuación se celebraba un gran banquete donde destacaban los ritos de inversión social; los hombres servían a las mujeres, y los amos a sus esclavos,

rindiéndoles el gran homenaje de compartir después la comida con ellos. De este modo se instauraba en el hogar, y por un sólo día, un estado de completa igualdad que la tradición remontaba al reino de Saturno, a la edad de Oro. Este rito de inversión social continuaba con juegos de azar entre amos y esclavos y, en las guarniciones, con la elección de un rey burlesco, rey de las saturnales”.

Los guirrios asturianos

En clara relación con las lupercos, especialmente con su función fecundadora, estarían muchas de estas máscaras de invierno (que Caro Baroja califica de fustigadoras), entre ellas, los guirrios.



Sidros saltando. Fotografía facilitada por la Asociación por la recuperación de los Sidros y les Comedies *El Cencerru* de Valdesoto, Asturias.

Seguramente los guirrios existían en todo el Principado de Asturias, pero solo algunas localidades como las del Concejo de Siero los han sabido rescatar. Según Aurelio de Llano, en *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, las comparsas de guirrios propiamente dichas eran características de Lena, Siero, Mieres y Langreo, y en ellas salían generalmente, además de los guirrios, los esterones y múltiples personajes que podían variar según la localidad, como la dama y el galán, el oso. Como tantos otros personajes de otras mascaradas similares son hombres vestidos con pieles de oveja (“hombre oveja”) y careta roja, en el caso de Siero, que van saltando con su palo de avellano por la calle haciendo sonar sus cencerros. Con el nombre de guirrio también se conoce a algunos de los personajes del antruego de Velilla de la Reina, y Llamas y Carrizu de la Ribera (León).

Constantino Cabal, en *La mitología asturiana. Los dioses de la muerte*, citado por Caro Baroja en *El Carnaval*, entiende que los guirrios, bardancos, sidros y zamarrones son básicamente el mismo personaje; las diferencias dependerían del lugar. Todos son “aguilanderos”, piden el aguinaldo, danzando y saltando por la calle, y por las mismas fechas, a principios o finales de año.

“A la cabeza va un joven vestido de ‘aguilandera’, traje blanco, guantes blancos, sombrero con florecillas... A su lado marcha un guirrio, alto, con vestido blanco, faja encarnada con banda y un cinturón de cencerros: la ‘aguilandera’ y él salen al público y piden el aguinaldo para todos (...). “Detrás, ocho ‘vexigueros’ con la indumentaria del guirrio y tocados con capuchas. Blanden palos con vejigas, que sacuden contra el suelo, y dan brinco como corzos, para hacer sonar sus campanillas y temblar sus cascabeles (...). Los ‘zamarracos’ -16 O 20- marchan en filas de a cuatro, con felpudos encarnados o amarillos a manera de dalmáti-

cas, ceñidos a sus cuerpos por cornales que sostienen cuatro grandes cencerros en la cintura y otro en la espalda, mayor”. Continúa diciendo de los guirrios en ocasiones “ya no solo llevan pieles a manera de zamarra, sino que van los mozos hechos lobos, hechos osos, hechos burras. Y persiguen a saltos a las mozas, y guardan la ganancia en faltriqueras, y llevan su libertad hasta en movimiento innoble... Además representan comedijas de color y sabor insustanciales. En resumen, son comparsas de danzarines osados que se visten de animales, tejen una farsa, bailan...”.

Origen del término *guirrio*, del personaje y de la fiesta

Guirrio es una palabra sobre cuya etimología no hay un acuerdo general. La mayoría de los estudiosos aceptan como más fiable que derive del verbo *guerrire*, forma del bajo latín, que vendría a significar ‘retozar’, ‘saltar gozosamente’, lo que resultaría claramente expresivo, dado que era lo que hacían estos personajes -dar saltos con su vara de avellano-, o incluso, de *guirriar* (reír). Su femenino podría proceder también de este *guerrire*, aunque algunos opinan que lo hace de una voz vascuence *oguerria* que significaría ‘navidad’. La etimología del término sidro no se conoce, y en la Rae no aparece.

Sobre el origen del personaje, aunque hay poca información y muchas incógnitas, ya en la década de 1920, don Fausto Vigil y don Juan Uría Riu mantuvieron sendas teorías confrontadas, en el “Boletín del Centro de Estudios Asturianos”. Vigil entendía que los guirrios –referido el término al conjunto de la comedia y los guirrios– son los restos del teatro religioso medieval: tanto de los misterios, que se comenzaron a representar en las iglesias, pero que con el tiempo lo hicieron fuera, como de los autos sacramentales. Mientras que don Juan Uría, creía que su origen habría que ras-

trearlo en antiquísimos ritos de tipo totémico de pueblos primitivo, en los que “los miembros del clan buscaban bien la protección del animal totémico, disfrazándose con su pieles, o la fecundidad de las personas”.

La misma opinión de Vigil comparten Rosa María Villa, Javier Díaz y Gregorio Fonseca en su artículo “Las costumbres y tradiciones sierenses”, en *El libro de Siero*, y los consideran “antiquísimas máscaras totémicas, emparentables o reencarnables en otras que se usaban en los ritos griegos y romanos de Fauno y Silvano y del Busgoso”, que perseguían a las mujeres en edad fecunda. En el artículo citado se añade, en cuanto al conjunto de la comedia, que “debemos considerarlos como símbolos de antiguos ritos parateatrales que se celebran para festejar el paso del invierno a la primavera”.

Los sidros de Siero

En este Concejo, la labor de la Asociación pola la recuperación de los Sidros y les Comedies “El Cencerru”, formada por un grupo de jóvenes de Valdesoto, ha sido capital para devolver su identidad a esta fiesta de gran relevancia en el panorama festivo asturiano. Gracias a su afán, en el año 2004, se retomó su celebración, tras sesenta años de interrupción, y una historia de sucesivos abandonos y recuperaciones.

A finales de diciembre o principios de enero, los jóvenes organizaban comparsas de máscaras que recorrían el propio pueblo y los pueblos vecinos representando además pequeñas comedias denominadas sidros. Este nombre lo recibían de los peculiares personajes -podían participar dos o cuatro- que, sin formar parte de ellas, precedían a las comedias y a sus comediantes, anunciándolas con sus sal-



Joaldunak de ituren, Navarra, 2007. Fotografía: Jean Michel Etchecolonea.

tos y haciendo sonar los cencerros que llevaba atados a la cintura (también Nuevo Zarracina considera tanto a guirrios como a zamarrones acompañantes de “actores propiamente dichos”, que representan “comedietas”). Así, cuando se habla de los sidros, se puede uno referir al conjunto de la comedia y los sidros o solo a los sidros propiamente dichos. Esto sucedía también en otros lugares como Langreo, Bimenes, San Martín del Rey Aurelio y Laviana. Parece que los sidros de más renombre en Siero eran los de Areñes (Carbayin) y Valdesoto, donde acudían todas las comparsas de Siero el “Domingo de Sidros y Comedies”, el siguiente a Reyes (hasta 1937 se hacía ese día) y representaban sus comedias, en el campo de la Iglesia, con un concurso previo para determinar cuál se empezaba a representar. Por cada comedia, había un sidro (*sidru*) y el que más saltaba conseguía que la suya fuese la primera. Esto en la actualidad no se hace ya, pues solo hay Sidros y comedies en Valdesoto.

Los mejores sidros eran los jóvenes más altos y los más hábiles a la hora de saltar, y rivalizaban entre ellos para conseguir ese honor; saltaban incluso las portillas de las fincas. Así, al finalizar la representación de las diferentes comedias, según Fausto Vigil, “comenzaba entre los Sidros un verdadero pugilato sobre cual alcanzaba mayor altura en sus saltos y quién alargaba más estos. Sobre todo se reñía en lo referente a la altura”. Estos saltos recuerdan a los que ejecutaban los pasiegos con sus “palancos” o los pastores canarios; con ellos salvaban tapias, barrancos y ríos.

La función de los sidros consistía básicamente en avisar a los espectadores de que los comediantes se acercaban ya, a cierta distancia, y llamaban la atención saltando y haciendo sonar los cencerros. También Fausto Vigil aclara:

“El salto lo verifican tomando vuelo mediante una carrera, después de la cual apoyan el extremo de la pértiga en

el suelo, al tiempo que se lanzan al espacio para dejarse caer a distancias que, a veces, sorprenden por lo grandes. Y no solo verifican el salto en esta forma corriente, sino que en muchas ocasiones, sobre todo si entre ellos existen celosas piquillas, cuando están en lo más alto de su trayectoria hacen girar la pértiga y con ella su cuerpo, describiendo uno y hasta dos círculos completos antes de precipitarse al suelo”.

Esta contorsión para hacer sonar los cencerros solo la sabían hacer los más expertos. A lo largo del recorrido pedían dinero con el fin de pagar la comedia.

Cuando los comediantes llegaban al sitio elegido para la representación y esta comenzaba, los sidros se encargaban de preservar el espacio para la actuación y mantener el orden, con enormes y vistosos saltos.

La Comedia era una representación de teatro popular, muy sencilla, de un solo acto, en la que intervenían diferentes personajes interpretados por hombres (según la asociación El Cencerru, desde 1961, ya participan mujeres interpretando a los personajes femeninos). Tocaban temas muy variados: desde los muy cotidianos del hogar o del día a día, pasando por sucesos acaecidos en el lugar, temas políticos, hasta aspectos religiosos, en los que la crítica, la burla y el humor estaban siempre presentes.

Se representaba al aire libre, sin escenario predeterminado, y al terminar la obra comediantes y sidros pedían el aguinaldo, para pagarse una cena los miembros de la comparsa. Después del día de Reyes, las comedias se llevaban a representar a otros pueblos cercanos del Valle del Nalón o San Martín del Rey Aurelio (Tuilla, La Felguera, Cocañin, El Entrego, La Güeria). Esta “gira” duraba hasta el *antroxu*.

Esta información, según la asociación El Cencerru, está sacado de una documentación de los años 80 del siglo XX, y allí se habla de la recuperación de nueve comedias

de José Noval Martínez, Siero” (1856-1937), que eran las que se representaban en aquellas fechas. “Siero” fue un vecino de Castiello, Valdesoto, agricultor, y “veterinario” en caso de necesidad, y que, habiendo recibido una educación mínima, escribió una serie de versos de antroxu y comedias. Las realizaba por encargo de las diferentes comparsas del Concejo, y narran acontecimientos sociales (huelga de mineros, emigración a América); familiares (resultado de los problemas relacionales entre personajes fijos como los viejos, o las damas y los galanes); políticos, como las guerras en las que estaba España envuelta (la de Cuba, del Rif, etc.); y religiosos, los menos. Pero, también según la asociación El Cencerru, desde 2008 representan ya comedias de Dolfo Camilo Díaz y desde 2010, de José Ramón Oliva.

Entre los múltiples personajes habituales, hay que destacar:

- El *Vieyu* y la *Vieya*, de edad muy avanzada, que riñen constantemente, echándose en cara sus respectivos defectos (él, borracho, mujeriego; ella, murmuradora, vaga, achacosa...).
- El *Vieyu* introduce los diferentes temas al principio de la obra y la cierra.
- Les *dames*, que son cortejadas por los galanes.
- Los tontos, generalmente dos -uno más “listo”-, que viven obsesionados con las damas y desean encontrar pareja para no pasar frío en el invierno.
- El *Ciegu* y el *Criau* que, permanentemente están discutiendo: el primero se siente abandonado por el segundo y este se queja de la avaricia de su amo y suele descubrir que no es ciego sino un farsante.
- El *Pecau*, que no es otra cosa que el diablo, porta máscara, cuernos, rabo y lleva en su mano una horca. Pasa revista a los vicios de algunos personajes y termina llevándose a alguno al infierno (clara conexión con las “danzas de la muerte” medievales).

Caro Baroja, en *El Carnaval*, reproduce una carta, muy significativa para el tema que

tratamos, que don José García Galán, párroco de Pola de Siero, dirigió a su tía doña Carmen Monné de Baroja, fechada a 3 de febrero de 1939, contándole sobre los guirrios y su comedia:

“Solo puedo decirle que hace veinte y tantos años celebraban en las plazas y calles de esta villa unos sainetes o comedias, algo grotescas, unos cuantos individuos vestidos con ciertas pieles, armados de grandes garrotes y cubriendo la cabeza con una especie de capuchón cubierto de pieles y unos cascabeles que con otros que llevaban en los vestidos los sacudían metiendo ruido, a la vez que agitaban los largos garrotes. Llamaban aquí los ‘guirrios’, conocidos también por ‘sidros’. En esa comedia solían fustigar a los políticos y a las autoridades locales; pero hace años, como le digo, que no se celebraron esas pantomimas”. Y añade Baroja que su amigo Juan Menéndez Arranz, que presenció a comienzos de siglo una comparsa de guirrios, recordaba que también “se dedicó fundamentalmente a decir bromas sobre las personas y autoridades”.

Personajes similares a los guirrios

Como dice Caro Baroja, España es uno de los países europeos que ofrece una mayor riqueza de mascaradas de invierno de este tipo, en el que el elemento protagonista es una o varias personas disfrazadas con máscaras y con pieles y/o ropas estrafalarias, y generalmente con gran colorido, que puede recibir, según los lugares en que exista la tradición, el nombre de: zangarrones, *joaldunak*, botargas, guirrios, guirria, irrio, zamarrones, zamarracos, zanfarrones, zaharrones, zagarrones, zarromacos, zarromocos, zarramacos, zamarreros, sidros, mazarrón, morrhaches, cigarrones, peliqueiros, zamarraches, *choqueiros*, *zomorruak*, etc. Máscaras todas ellas, seguramente de origen

prerromano, de clara raigambre pastoril -al igual que ese ritual con tantos paralelismos desarrollado en las Lupercales. Y su saltar o bailar, muchas veces caótico (con alguna excepción ordenada como es el caso de los *joaldunak*, o los zamarracos de la Vijanera), su batir de cencerros, su amenazar o golpear con sus porras, látigos y vejigas parecen señalar a rituales destinados a la renovación (despertar de la fecundidad), la expulsión de los malos espíritus, de las causas negativas y el favorecimiento de la llegada del nuevo ciclo. Todas presentan similitudes tales que hace que muchos autores, y entre ellos Caro Baroja, los consideren asimilables.

Cencerros, porras, vejigas

Efectivamente, similares son sus atributos y vestimentas, cargados de contenido simbólico: en la mano, rabos, vejigas, porras, látigos (en ocasiones castañuelas) para fustigar (la

mayoría tienen como blanco preferido de sus “agresiones” a las mozas casaderas, en clara referencia a la acción de los lupercos antes mencionada), y palos, también para saltar; en la cabeza, picudos cucuruchos, máscaras y cintas y/o flores de vivos colores, y en ocasiones cuernos; finalmente, cencerros, campanillas o cascabeles para “hacer ruido”. Además la mayoría, salvo las botargas y el guirria, que llevan atuendos de dos o tres colores vivos (tipo bufón o arlequín), se cubren con pieles y/o visten trajes blancos con flores, cintas, pañuelos de vivos colores en referencia a la primavera.

Casi todos forman cuadrillas de mozos que también comparten su función: bailar, pedir el aguinaldo y perseguir a los vecinos para golpearlos, y recorren su pueblo y los vecinos. Y, además, muchos de los personajes que los acompañan son comunes: las madamas, los galanes, los viejos, el oso...



La Vijanera de Silió, Cantabria, 2004, Fotografía © jlgomezlinares.

En el caso concreto del amplio grupo de los zamarrones, zarramacos y otros arriba señalados, y pertenecientes a la misma familia léxica, traemos a colación dos citas que Julio Caro Baroja transcribe en su libro *El carnaval*. Una es de Menéndez Pidal, copiando una definición del *Diccionario* del doctor Francisco del Rosal, que data de 1601, y que dice así:

“Çagarrones, que otros dicen çaarrones o çaharrones y çarraones, son figuras ridículas de enmascarados que acostumbran ir detrás de las fiestas, procesiones o mascaradas para detener y espantar la

canalla enfadosa de muchachos que en semejantes fiestas inquietan y enfadan, y assí, para más horror de éstos, las visten en hábitos y figuras de diablo, por lo cual, en Zamora los çarracones son llamados diablícalos; assí que se dixeron de çaga que es detrás”.

La segunda es un texto de Sebastián de Covarrubias, de su Tesoro... y dice:

“Çaharrón, el momarrache o botarga que en tiempo de carnabal sale con mal talle y mala figura, haciendo ademanes algunas veces de espantarse de los que topa, y otras de espantarlos. Algunos dizen ser nombre arábigo de çahhal, que vale ‘mendigo’...; otros, que está corrompido de çamarrón, porque suelen llevar unos çamarros con unas corbas para dar que reír a la gente”.

En cuanto a su origen José Luis Gutiérrez Cebrecos nos dice que el punto de partida que explica todas las variantes ha de ser *zaharrón* (persona disfrazada ridículamente), de origen incierto. Como la *zamarra* o pelliza es una prenda característica de este personaje, que también aparece en los carnavales de algunos lugares, *zaharrón* se transformó popularmente en *zamarrón* y, con otro sufijo, *zamarraco*; finalmente, estos términos se alteraron por metátesis (m-rr > rr-m) en *zarramón* y *zarramacos*, respectivamente.

Entre los múltiples personajes de este tipo, cabe destacar los siguientes:

- Los *zamarracos* de la Vijanera, en Silió (Valle de Iguña, Cantabria), fiesta considerada por Caro Baroja como “muy semejante a la de los guirrios”.
- Los *zamarrones* del valle de Polaciones (Cantabria), “blancos” y “negros”.
- Las botargas de Guadalajara, de origen ancestral y asociadas a la fecundidad tanto de los campos como de las mujeres. Hoy entre los poquísimos pueblos que las conservan hay que señalar Retiendas
- Los *joaldunak* de Ituren y Zubieta.



Guirrio y toro del antruejo de Velilla de la Reina (León), 2012. Fotografía: María Teresa García

- Los *peliqueiros* de Laza, similares a los cigarrones de Verín.
- Los diablos de Riofrío, en Aliste, con pieles oscuras y cuernos.
- Los guirrios y madamas de la fiesta del antruejo de Llamas de la Ribera (León).
- Los toros y guirrios de Velilla de la Reina (León), que son los personajes más importantes de este antruejo rural tradicional, en el que se representan ritos de fertilidad de la tierra y la mujer en actos como “la conducción del arado y la siembra de cernada” o en los pases que el guirrio efectúa a las mozas casaderas por encima de las astas del toro.

Indumentaria de los sidros

Los sidros (o guirrios) visten pantalón y camisa blanca, zapato y polainas negras, una faja en la cintura sobre la que llevan un cinturón de cuero que soporta cuatro cencerros o esquilonos, y en la cabeza, un cucurucho cubierto de piel, descendiendo por pecho y espalda hasta la cintura, y rematado por cintas y un rabo de zorra enhiesto; para la cara hay un gran agujero en el cucurucho de piel, pero se cubre con una máscara roja, y en la mano la vara de avellano.

Las prendas del traje de los sidros del Museo (MT008728-MT008734)

- Camisa: en tafetán de algodón basto, blanco, amplia, recta y con pequeñas aberturas laterales en el bajo. El escote es redondo a la caja y va rematado con tirilla de cuello. La manga es larga, amplia, fruncida en el puño y se cierra con un botón. La espalda también se frunce bajo el canesú y va abierta en el delantero con cinco botones iguales a los de los puños, color hueso, y ojales de hilo.
- Pantalón: en tafetán de algodón blanco, largos y amplios, con cuatro pinzas -las de delante sueltas para darle holgura- y bragueta que cierra con una línea de tres botones color hueso, circulares y tres ojales de hilo. La cinturilla se cierra con un gran corchete de metal

pavonado y se ajusta a cada costado con sendas hebillas. Las bocas de las perneras, son ligeramente fruncidas y se ajustan con cintas ataderas de tafetán de algodón blanco.

Muchos, van decorados en los costado, con dos franjas de cordoncillo rojo cosido, de arriba abajo, con una separación entre ambas de unos tres centímetros con un cordoncillo azul en zigzag. Este no lo tiene.

- Faja: en sarga de lana y algodón azul marino. La faja suele ser roja, a juego con la máscara, pero también verde o azul, como es este caso.

- Cinturón: sobre la faja va un ancho cinturón de cuero y sobre él a su vez, cuatro cencerros, para que estos, al hacerlos sonar, dañen al sidro o guirrio.

- Polaina: de cuero acharolado y muy rígido. También podrían ser de paño abatanado. Se cierra delante con una ballena metálica que pasa por presilla de cuero en el tobillo, y correa con hebilla plateada en la boca.

- Cucurucho: capirote, muy alto -128cm-, realizado con un gran trozo de piel de oveja blanca con pelos largos (seguramente oveja lacha), que se cierra por detrás, cubre el cucurucho, y parte del torax, por delante y por detrás. A la altura de la cara, un agujero recortado es ocupado, por una máscara, consistente en un paño rojo de punto liso, forrado en lino beis jaspeado, con agujeros para los ojos, boca y nariz (es una especie de trampilla trapezoidal que permite sacar la nariz pero la cubre) recortados y ribeteados con hilo azul marino. El cucurucho va rematado en su vértice por un grupo de seis cintas anudadas de diferentes colores y longitud -negras, rojas y azulonas- y por un haz de pelos inhiesto (seguramente la cola de un zorro, *raposu*, que era lo habitual), con el que daban a las chicas con las que se encontraba; para ello, los guirrios tenían que agachar la cabeza.

- Vara: de avellano, de unos tres metros de larga, cuyo extremo inferior termina en un refuerzo metálico afilado para facilitar el salto al clavarse en el suelo un poco.

Bibliografía

- CARO BAROJA, Julio: *El carnaval. Análisis histórico y cultural*. Editorial Taurus, Madrid, 1965.
- CABAL, Constantino: *La mitología asturiana. Los dioses de la muerte*. Madrid, 1925, págs. 243-244.
- CABAL, Constantino: *Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes*. El individuo, Madrid, 1925 págs. 113-29/138-40.
- DEL LLANO, Aurelio: *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, Madrid, 1922.
- NUEVO ZARRACINA, Daniel G.: “Guirrios y zamarrones”, *Revista de Dialectología y tradiciones populares*, IV, 2, Madrid, 1948, págs. 242-265.
- VILLA, Rosa María; DÍAZ, Javier y FONSECA, Gregorio: “Las costumbres y tradiciones sierenses”, en *El libro de Siero*, editores: Pola de Siero (Asturias), Patronato Municipal de Cultura, 2002.
- GOMARÍN GUIRADO, Guirado: *El carnaval en el Valle de Polaciones* (Cantabria), Santander, 1987.
- FRAZER, James George: *La rama dorada*. Fondo de Cultura Económica. México, 2006.
- CAÑADA ACEBAL, Silverio: *La Enciclopedia Temática de Asturias*.

Publicaciones de Internet:

- Carbayin / www.pacocanto.tripod.com
- El encerru. Sidros y comedies / www.sidroscomedies.es
- Guirrio / www.guirrio.blogspot.com.es
- Guirrios y madamas preparándose en Pola de Siero:
 1. www.youtube.com/watch?v=PU2o7eFE0NM
 2. www.youtube.com/watch?v=PU2o7eFE0NM
- José Ignacio Gracia Noriega / www.ignaciogracionoriega.net
- Leyendas Asturianas / www.leyendasasturianas.blogspot.com.es
- Reina Astur / www.a2sinda.wordpress.com
- Senderismo en Asturias y algo más... / www.senderismoenasturias.es
- Viajando por libre / www.viajandoporlibre.blogspot.com.es

MODELO DEL MES. CICLO 2017

En estas breves conferencias tienen lugar en las salas de exposición, se analiza e interpreta una pieza de especial importancia de entre las expuestas. A los asistentes se les entrega gratuitamente este cuadernillo con el contenido de la conferencia.

Domingos: 12:30 h. **Duración:** 30 min.

Asistencia libre hasta completar aforo

ENERO

Barquillera, ca. 1900

María Navajas

FEBRERO

Traje de noche de Vargas Ochagavía, 1974

Paloma Calzadilla

MARZO

El traje de los Sidros de Siero (Asturias)

Ana Guerrero y Américo López

ABRIL

Vestido de Cristóbal Balenciaga, ca. 1955

Miquel Martínez i Alberó

MAYO

Vestido "Ciseaux" de Christian Dior, 1949

José Luis Díez-Garde

JUNIO

Vestido de Natalio

Concha Herranz

SEPTIEMBRE

Pirro, basquiña y fichú, ca. 1780-1795

Beatriz Bermejo

OCTUBRE

Conjunto de Francis Montesinos y Blanco

Juan Gutiérrez

NOVIEMBRE

Los tejidos de la sala Belle Époque

Lucina Llorente

DICIEMBRE

Bata infantil, ca. 1750-1760

María Navajas

Descubre más sobre la programación del Modelo del mes.

Si tienes un teléfono compatible, descárgate un lector de códigos QR.



MUSEO DEL TRAJE. CIPE
Avda. Juan de Herrera, 2. Madrid, 28040
Tel. 915504700 Fax. 915504704
Dpto. de Difusión: difusion.mt@mecd.es
<http://museodeltraje.mcu.es>



MT08728-34